

JUDITH L. RUIZ GONZÁLEZ. *TONINÁ, UNA CIUDAD MAYA DE CHIAPAS. VIDA Y MUERTE EN LAS POSTRIMERÍAS DEL COLAPSO MAYA*.
ARCHAEOPRESS, 2021.

Reseña Stan Declercq

Escuela Nacional de Antropología e Historia. stan_declercq@hotmail.com

El libro *Toniná, una ciudad maya de Chiapas...* de Judith Ruiz González, editado y publicado por Archaeopress en 2021, es el número 54 de la serie “Paris Monographs in American Archaeology”. Está disponible como *e-book* y en *print-on-demand* y deriva directamente de su tesis doctoral en Estudios Mesoamericanos por la UNAM. El libro se compone por 322 páginas y cuenta con 150 figuras a color y 68 tablas.

Con base en un análisis de 15 956 fragmentos de huesos humanos del periodo Posclásico de la ciudad de Toniná, ubicado en el valle de Ocosingo en el noreste del actual estado de Chiapas, Ruiz González (antropóloga física) se propone dos objetivos. El primero es reunir información acerca de la población de la ciudad y verificar si se puede hablar de una continuidad ocupacional desde el fin del Clásico hasta el Posclásico. El segundo, y debido a las características no funerarias del contexto bajo la lupa, conocer los distintos patrones de las modificaciones culturales que sufrieron los individuos del entierro excavado.

El conjunto de miles de huesos humanos fue recuperado en 1991 sobre un piso de la Estructura 15 que forma parte de una serie de terrazas de una enorme estructura conocida como la Acrópolis de Toniná. El arqueólogo Juan Yadeun tuvo la suerte de encontrar este depósito masivo de restos humanos. Lamentablemente, por razones desconocidas (para mí), no realizó un registro sistemático del contexto: en sus

Estudios de Antropología Biológica, XXII-1: 163-167, México, 2024.

doi: 10.22201/ia.14055066p.2024.87589

ISSN: en trámite. Éste es un artículo Open Access bajo la licencia CC-BY-NC 4.0 DEED (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>)

palabras, y cito del libro, “el contexto era un caos, como si a los huesos los hubiesen aventado de tantas veces que los movían, por ello no realizó dibujo del hallazgo”. Es decir, por haber sido calificado como un “contexto fragmentario y caótico”, el osario de Toniná recibió la misma suerte que decenas de contextos arqueológicos parecidos en Mesoamérica a lo largo del siglo xx: no tener registro escrito ni una fotografía ni un dibujo, una desgracia que se debe condenar con fuerza hoy en día.

Dichas condiciones adversas vuelven aún más asombrosos los resultados de la investigación que Judith Ruiz González presenta en su libro, que por la referida falta de registro solamente puede definir como un “contexto mezclado”. Se trata de un depósito secundario de múltiples individuos, aparentemente desechados de manera arbitraria, contrario a la distribución controlada de los contextos mortuorios. Con base en estudios de ^{14}C de tres piezas dentales, se determinó que se trata de un depósito sucesivo con una cronología de entre 1022 y 1487 dC.

Desde el Posclásico temprano –y durante cientos de años– se desecharon restos corporales en el mismo pozo, pertenecientes a una cantidad de entre 272 (mínimo) y 328 (máximo) individuos, de los cuales se localizó un promedio de 28 % de la totalidad de los huesos. En su gran mayoría, se trata de individuos adultos jóvenes, con un porcentaje menor de infantes y mujeres, una clara indicación de un proceso selectivo de víctimas que, por el prolongado lapso de deposición, apuntan a cautivos de contactos bélicos de manera continua y sistemática. Por medio de los análisis isotópicos, se calcula que 68 % de los individuos era de origen local, lo que significa que se trataba de conflictos locales. Cabe preguntar: si solamente un 28 % de los cuerpos fue depositado sobre dicho piso, ¿dónde podría haber quedado el resto de las partes corporales? Ruiz González responde de manera clara y coherente.

Con una base teórica metodológica basada en la arqueotanatología, la autora aborda la labor de la restauración de la colección ósea que duró poco más de dos años. Los resultados están plasmados en cinco capítulos, que comienzan con la arqueología e historia de Toniná, para continuar con las características biológicas y los rasgos bioculturales de los restos óseos, la paleodieta y la procedencia geográfica, el análisis tafonómico, y termina con una interpretación acerca de la formación de dicho osario, importante en su tamaño y por sus características.

La antropóloga se pregunta atinadamente si los restos óseos recuperados en la quinta plataforma de la Acrópolis pueden considerarse

como una ofrenda, o más bien, si se trata de un espacio de remanentes de partes humanas previamente manipuladas con fines rituales. ¿Se puede hablar de un basurero ritual? El “contexto mezclado” de huesos es el resultado de tratamientos previos, distintas técnicas de inmola-ción y la manipulación póstuma de los cuerpos de las víctimas sacrifi-cadas de manera acumulativa.

A diferencia del periodo Clásico, llama la atención la masifica-ción del sacrificio humano en épocas más tardías, así como las nuevas técnicas de inmola-ción, asociadas a la introducción de una ideología en el área relacionada con el culto del dios Xipe Tótec, posiblemente distribuida desde la costa del Golfo. Las numerosas marcas antrópicas evidencian las siguientes prácticas sacrificiales y postsacrificiales: la ex-tracción cardiaca a través de esternones cortados a la mitad, en donde el sacrificador estaba colocado del lado derecho de la víctima, dado que los cortes tienen una inclinación que va de izquierda a derecha; existen evidencias de decapitación (como parte de la desarticulación o como causa de muerte), el sacrificio por degollamiento y el desolla-miento *post mortem*. Cabe señalar la interesante observación acerca de la práctica combinada de desollamiento y la cardiectomía por medio del corte de los esternones, en ocasiones visible en la piel a la altura del pecho en las estatuas del dios Xipe Tótec.

Gracias al estudio minucioso de estos miles de huesos, se llegó a detectar un conjunto de prácticas originales. Por ejemplo, se menciona la extracción *peri mortem* de piezas dentales en hueso fresco, probable-mente para su uso en contextos rituales. Además, como modificación *peri* o *post mortem*, debemos mencionar la exposición al fuego. Había-mos señalado que solamente un 28 % de los cuerpos fue depositado sobre dicho piso, recuperados por medio de la excavación, y pregun-tado por el destino del resto de los huesos. Con respecto a la mues-tra presente, es notorio que está conformada mayormente por huesos pequeños. La frecuencia disminuye cuando se trata de huesos grandes planos y tubulares. Según la autora, la baja frecuencia de los últimos estaría asociada a la manufactura de objetos de este material o por un uso ritual, como la antropofagia.

Las huellas evidencian la exposición térmica directa por medio del asado o la indirecta, es decir, la cocción en un medio acuoso, hervi-do. Es clara la desarticulación previa a ello. Con respecto a la práctica canibalística, se observan rasgos que indican la posible obtención de

masa encefálica, fracturas de los ejes de las extremidades que apuntan al aprovechamiento del canal medular, bordes pulidos (*Pot Polish*). En este sentido, sería el primer caso contundente del consumo de carne humana en el área maya.

Es notorio que la autora elabora una explicación holística para su interpretación final, desde la contextualización histórica de los hechos. A diferencia de la ocupación del periodo Clásico, la Acrópolis de Toniná pasa, de un espacio funerario de una élite, a un escenario donde se llevaban a cabo complejas ceremonias sacrificiales. En un ambiente de transformaciones sociopolíticas del Clásico al Posclásico, podría tratarse, y cito a la autora, “de la desacralización de los linajes ancestrales, con el saqueo de las tumbas dinásticas, al mismo tiempo que conservarían la concepción sobre el espacio ritual para tener un vínculo de legitimación y así darle el reconocimiento a la nueva reocupación del Posclásico”.

Si la información estratigráfica se perdió por las circunstancias ya señaladas, en cambio y por fortuna, el osario se ubica en medio de un rico escenario iconográfico y un gran andamio para exhibir cabezas donde posiblemente se llevaba a cabo la manipulación ritual de las víctimas sacrificiales, un conjunto que Ruiz González sabe aprovechar en su análisis. En la misma quinta plataforma se ubica el llamado “Mural de las Cuatro Eras” que corresponde a las fechas 688 a 723 dC del Clásico terminal, al igual que el conocido Altar Rojo (740-780 dC) y el andamio de cráneos.

La autora integra los análisis iconográficos en sus estudios de los eventos sacrificiales más tardíos, apoyándose en algunos conceptos de la etnografía tzeltal de Pedro Pitarch. Son particularmente fructíferos los conceptos del “cuerpo-persona” y “cuerpo-carne” y la dinámica del “pliegue cósmico” de este último. En este sentido, los destazamientos y las prácticas postsacrificiales de las víctimas podrían ser un reflejo arqueológico de una distinción ontológica de cuerpos. En un contexto relacional, los no humanos presentes en los murales, seres presolares desprovistos de cuerpos, cobrarían vida con el derramamiento de sangre y los corazones de las víctimas, un canibalismo divino ampliamente documentado para Mesoamérica. Cabe señalar la casi completa ausencia de evidencias óseas para el periodo Clásico asociadas a esta iconografía destacada.

Quisiera acentuar el enorme esfuerzo analítico plasmado en este libro. Es un estudio erudito con un manejo de un vocabulario técnico

de la bioarqueología no siempre fácil de entender para el público. Sin embargo, la autora maneja un lenguaje que permite tanto disfrutar como aprender. Su comprensión radica también en los múltiples estudios comparativos de distintas partes de Mesoamérica. Así, podemos aprender sobre las diferencias de modificaciones corporales entre Toniná, Chichén Itzá y Tlatelolco. Es interesante que los huesos faltantes en el contexto de “Tlatelolco 14” con aproximadamente 150 individuos, están presentes en Toniná, y al revés: los huesos más representativos de Tlatelolco destacan por su ausencia en Toniná. De manera curiosa, ambos contextos contienen elementos contundentes para señalar la práctica antropofágica.

Al mismo tiempo, destaca la relevancia del estudio en varios sentidos. La práctica sacrificial de esternones cortados coincide con otros sitios del Posclásico, como Tlatelolco, Champotón, Campeche, y El Lagartero, Chiapas. Su descripción minuciosa y la contextualización sociohistórica es fundamental para reconocer el desarrollo de la conducta sacrificial. Los estudios isotópicos podrían evidenciar residencias prolongadas de cautivos en la ciudad de Toniná. En cuanto al tratamiento de cautivos de guerra y su posible incorporación en sociedades de captores, nos falta mucha información para Mesoamérica. Conocer el origen de las víctimas aumentará nuestra comprensión acerca de las relaciones interétnicas.

Finalmente, estamos ante un giro de 180 grados, desde el completo desinterés en este tipo de hallazgos arqueológicos hace 100 años, cuando se iba en busca de tumbas preciosas y vasijas policromas completas, hasta el reconocimiento del valor de acumulaciones de tepalcates o huesos rotos para estudiar el comportamiento humano. Como dicen en Japón: “La cerámica Kintsugi, como filosofía, considera la destrucción y la restauración como una parte natural de la historia de las vasijas agrietadas, en lugar de algo que debería ocultarse”. Lo que inicialmente se consideró un caos contextual en Toniná se convirtió en la vértebra de un libro valioso.